

Kate Millett

Viaje al manicomio

Prólogo de Mar García Puig





Seix Barral Los Tres Mundos

Kate Millett

Viaje al manicomio

Traducción del inglés por
Aurora Echevarría

Título original: *The Loony-Bin Trip*

© Kate Millett, 1990, 2000

© por la traducción, Aurora Echevarría, 2019

© por el prólogo, Mar García Puig, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Canciones del interior:

pág. 11: © *All That You Have Is Your Soul*, © 1989 EMI April Music Inc. y Purple Rabbit Music. Todos los derechos controlados y administrados por EMI April Music Inc. Todos los derechos reservados, interpretada por Tracy Chapman

pág. 122: © *Me and Bobby McGee*, de Kris Kristofferson y Fred Foster, © Temi Combine Inc. Todos los derechos controlados por Combine Music Corp. y administrados por EMI Blackwood Music Inc. Todos los derechos reservados

pág. 268: © *Ticket to Ride*, de John Lennon y Paul McCartney, © 2009 El propietario del copyright de esta compilación de audio y audiovisual es EMI Records Ltd

pág. 395-396: © *Planxty's Older Version of Yeats's Sally Gardens*, de *The Rambling Boys of Pleasure*, de Planxty. Tara Records, Dublín, Irlanda

Primera edición: enero de 2019

ISBN: 978-84-322-3430-9

Depósito legal: B. 26.739-2018

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights* de las obras incluidas en este libro. Con todo, si no se ha conseguido autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

13	Prólogo: <i>Mujeres y locura</i> , por Mar García Puig
21	<i>Prefacio a la edición de 1990</i>
25	Primera parte: la granja
273	Segunda parte: Irlanda
405	Tercera parte: Nueva York
495	Conclusión
507	<i>Agradecimientos</i>

1

En la granja de Poughkeepsie, poco antes de cenar, la primera luz del crepúsculo es suave y violácea. Sophie y yo cruzamos la hierba del camino circular, junto a la gran acacia blanca; ante nosotras se extiende la avenida de grava que lleva a la casa y, más allá, la explanada de césped donde están las mesas puestas para la cena, bajo los árboles. Nos dirigimos al gallinero que Sophie acaba de arreglar para utilizarlo como estudio. Un cobertizo desnudo al estilo de los de Nueva Inglaterra, poco más que un corral, que ella ha transformado convirtiéndolo en algo sureño, casi tropical.

—Como un burdel de Nueva Orleans —le digo, y nos reímos—. Pero es perfecto.

Me paseo por el espacio, admirándolo y recordando que antes los burdeles se llamaban casas de diversión, lugares para pasar la tarde. La última expresión ardiente de la plenitud del día, las esteras de paja, las cortinas de bambú que filtran la luz.

—Tienes un don.

La mirada que cruzamos se convierte en insinuación.

—¿Crees que nos da tiempo antes de cenar o las aprendizas nos pillarán in fraganti? —me pregunta.

Nos sonreímos y recorremos con la mirada la habitación, el espectáculo de luz, el brillo oscuro del interior y la luz de fuera, vasta como el agua, luminosa en comparación, abrumadora como el océano que circunda un barco.

La belleza de lo que Sophie ha creado en unas horas sueltas me deja sin habla. Hace años que conozco este espacio a casi todas las horas del día, incluso he trabajado en él, pero nunca lo he visto a esta luz; Sophie lo ha embrujado. Esta mujer increíble cuya inteligencia, destreza, capricho e instinto se conceptualizan y realizan. Es maravilloso cómo las cortinas consiguen atrapar y retener la luz, cómo los estores de bambú colocados justo en los puntos adecuados la filtran y encauzan cuando entra a raudales por las grandes aberturas que dan a la parte delantera. Y ahí está la vieja cámara de su familia de Canadá montada sobre su trípode, como si acabara de dispararse y saliéramos en la foto. Océanos de luz en las lentes del ojo abriéndose a los colores de la fulgurante puesta de sol de julio que empieza ahora, justo fuera de nuestro alcance, más allá de la lejana pared oeste, todos los amarillos y rojos refractados difuminándose a nuestro alrededor: la habitación se ha convertido en una cámara. Qué genial es Sophie, esta habitación supera todo lo que me ha enseñado hasta ahora. Inclinandose sobre mí, cortejándome, seduciéndome, todos los pasos de una seducción: el halago más asombroso, que alguien cree algo así y a continuación me rinda el homenaje de enseñármelo en una exposición privada y que acabe llevándome a la cama. La suavidad de su piel, su hombro desnudo en mis labios, las prístinas sábanas azules debajo de nuestros cuerpos color cobalto, como la luz dorada que nos envuelve; uno no quiere cerrar los ojos y perderselo.

Y de pronto nos descubren Kim y Libby, piratas del ruido. Entran empujándose por la puerta, riéndose y sabiendo perfectamente qué interrumpen. De alguna forma, su presencia es una alabanza a nuestro amor, lo valida y lo aplaude al mismo tiempo que lo impide. Nos miramos y no hallamos resentimiento.

—¡Ajá! Sabemos lo que estáis tramando. Pero es demasiado tarde, la comida está en la mesa.

—¿En serio?

—En serio. Os damos dos minutos exactos para adcentaros.

Las dos se ríen.

Cómo disfrutan, jóvenes y ellas mismas llenas de sexo, de su energía, de su invitación exuberante; el apetito sexual está presente en la habitación, su misma presencia aquí es una celebración.

Porque nos quieren tanto como nosotras las queremos a ellas, cada día más, una amistad que da paso a una euforia que da paso al amor, un amor que ninguna definimos, de modo que lo llamamos *la granja* o *la colonia*, como si sólo fuera un concepto, una ideología de lo comunal y políticamente correcto. A través de ella, una felicidad extasiada. ¿Por la vida que llevamos? ¿Por lo que somos? Sophie y yo decimos que se debe a que este año el grupo de aprendizas es increíble, son joyas. Las llamamos *las niñas* aunque sabemos que son mujeres jóvenes, jóvenes pero ya mujeres.

La vida nunca ha sido tan fantástica. Las aprendizas, la granja, el verano que tenemos por delante, aún no ha transcurrido ni la mitad y ya reparte abundancia y perfección, como una peonía en flor. O la arroyuela que ro-

dea el estanque. Y Sophie. Lo tengo todo. Hasta he dejado el litio. Sin efectos secundarios. Hace seis semanas que empezamos el experimento, y si sigue funcionando es que estoy sana. O bien no he estado nunca loca o me he recuperado y de ahora en adelante estaré cuerda. Estar entera y no resquebrajada como un huevo, como un espécimen imperfecto, un intelecto deformado o alguien mentalmente tarado. Está funcionando. Lo conseguiré.

—Vamos, chicas, o a la cocinera le dará algo.

Nos miramos, cara a cara en el círculo de nuestros cuerpos a esa luz maravillosa; ellas están de pie junto a la puerta, entre la puerta y la cama, sus siluetas a contraluz; apoyándote en un brazo les sonríes a cada una, enamorada. De ellas, de este lugar, de Sophie.

—Vamos, ya llegáis tarde.

Una vez descubiertas y mientras cruzamos juntas el césped en dirección a las mesas, veo que las demás esperan de pie para brindar, el vino tinto en las copas, la última luz purificadora arrancando destellos del cristal y los platos a lo largo de las esteras de paja, la luz más cálida de las lámparas de queroseno sobre las tablas de las mesas, y los esbeltos brazos bronceados que se alzan con el placer de entrechocar las copas en un brindis.

—Es un grupo maravilloso —le digo de nuevo a Sophie cuando nos acercamos.

—El mejor que hemos tenido nunca —responde ella. Éste es el verano más feliz de mi vida.

Otro día y me despierto a su lado, intranquila. Algo no va bien. Las nuevas riñas, la irritación. Se avecina una pelea feroz: Sophie está deshaciendo lo que nos une, esa belleza luminosa de los primeros días, nuestros cuerpos blancos a la luz del amanecer, la bruma elevándose sobre el estanque, la insaciable avidez de nuestra lujuria, nuestro amor y nuestra ternura, una ternura en celo. Incapaces de parar, una satisfacción pedía otra, improvisaciones desenfrenadas, una cópula inagotable, más honesta y más animal que la que había conocido con ningún amante. Entusiasta de los mismos placeres, de todos los placeres, una variedad infinita de sutil estimulación clitoral, enérgico sexo vaginal e invención anal, los pechos, los ojos, la boca nunca satisfecha; qué natural e interminable era el descenso, la salida a la superficie para descansar sobre un pezón, un beso o una mirada —la mayor confianza, el secreto entre nosotras, la lujuria desenfrenada de nuestra total desvergüenza, todas las fronteras cruzadas, trascendidas—, completamente entregadas la una a la otra, aliadas.

Todas esas mañanas que celebrábamos nuestro amor,

un amor forjado ante esos ventanales con vistas al agua, el pequeño sauce enmarcado en ellos. El sauce, la cama, la mesa de dibujo justo encima y a la derecha si uno se detiene delante de las grandes ventanas de bisagras y ve el estanque que hay debajo. En esa gran mesa yo la dibujaba. Una vez, otra y mil veces más, bocetos y dibujos acabados con un pincel japonés en los que luego escribía poemas y hacía serigrafías. Sophie Sophie Sophie, las líneas de tinta que componían su cuerpo, las palabras que eran besos a lo largo de su carne, esa armoniosa y esbelta masa, los trazos de las pinceladas intentando hallar redención imitándola, imitando simplemente la vida tan perfecta que yo tenía ante mí a la luz del verano, el verde más allá del estanque y el sauce, la hierba ondulante más allá del blanco de las caderas, el vientre, las nalgas, el pecho, el hombro tan delicado y tan tierno.

Todo se está deshaciendo. Ya no hacemos el amor, o si lo hacemos sólo sirve para recordarnos cómo ha degenerado lo que era tan maravilloso. Cuando el recuerdo de lo que teníamos antes me recorre es para burlarse, la humillación empaña el orgasmo; te corres para acabar con ello. Enciendes un cigarrillo, intentas olvidar, quieres levantarte en lugar de remolonear: desayunar, empezar a trabajar, cualquier cosa antes que quedarte allí, cualquier cosa para reemplazar esa convicción, esa certeza absoluta. Durante un tiempo puedes decirte que cambia, que el amor cambia, se acomoda, se vuelve cotidiano y deja de ser paradisiaco para convertirse en algo sólido, es distinto convivir que enamorarse, el matrimonio que la boda. Pero no se trata de eso ahora, porque lo conocí con Fumio y fue bonito.

No es eso; es más bien como un simulacro de matrimonio, una telenovela de discusiones y celos que me ate-

rran. En mí hay terror, derrota y disculpa. En ella, malicia, acusación y afirmación; su dura voz no se cansa de aniquilarme mientras yo farfullo. Después de horas de discusión, rompo mi regla y acabo alzando la voz. No quiero una esposa, por Dios; no somos una grotesca pareja casada, ni vivimos en el siglo XIX, ni estamos en un tribunal de divorcio ni es la televisión. Somos amantes y amigas. Esas dos cosas. Pero cuando no somos amantes no parecemos capaces de ser amigas.

Quizá es culpa mía por proponerle redactar un testamento y nombrarla heredera, dejarle la granja. Quizá ella hizo bien en rechazarlo. Sin embargo, más allá de su buen instinto, otro impulso se ha desatado y tomado ventaja. La señora de la mansión era un título que yo creía que sólo era una galantería —las dos podríamos ponernos de largo y ejercer de señoras, una noche que no estuviéramos tan ocupadas—, una visión fantásica de nosotras mismas y de este lugar, una ilusión con la que entretenernos, como la de las leñadoras o las conductoras de tractor. La fantasía de vivir en el sur de Francia entre farolillos y flores silvestres. Santo cielo, era un juego.

Pero ahora tengo una arpía, no una señora, o una señora ofendida que se cree más superior que la Iglesia alta. No puedo soportar esa voz. Más que nada, no puedo soportar el desdén británico. ¿De dónde ha sacado ese tono, ese cuchillo en la lengua? Su acento canadiense antes suave, con las erres del escocés meloso cuando se emociona, cuando habla desde un lugar lejano, cuando susurra dulces obscenidades. Tan pura en su lujuria: la profunda limpieza de espíritu que podía jugar a putilla y a libertina. Ardiente, libidinosa, y siempre la hermosa blancura de su piel, los brazos, los muslos, las caderas, los bobos pies con protuberancias, la única imperfección que

me fascinaba y al mismo tiempo me contenía. Por desagradables que fuéramos, en el centro siempre había esa pureza, esa individualidad intacta, esa personalidad inmejorable que se mantenía días enteros en la cama; cuando sonaba el teléfono, en el momento de tomar otra taza de café en el gran dormitorio de la granja, el fuego ardiendo más allá de la pequeña mesa de mármol en la que teníamos la vajilla del desayuno y las tazas de café. Riéndonos de las sábanas arrugadas, la asombrosa compostura de ella, toda una dama y mujer, adulta con algo de niña, que fue a Inglaterra muy joven huyendo de su hogar, corrió toda clase de aventuras y conoció la soledad, pese a todas las historias tristes y divertidas de pobreza, follando o siendo follada por esa o aquella figura: colegas de trabajo que la echaban de una casa con engaños, o un tipo al que dejó plantado y con quien nunca se casó. El suplicio de romper con Ellen, que todavía es su mejor amiga. A través de todo ello había llegado intacta a esa habitación. Hasta ahora, que la toco yo y descubrimos la una en la otra la más sorprendente y magnánima penetración de energía sexual. Que duraría toda la vida, que construiría la granja. Mirad en qué la hemos convertido.

Los años que he trabajado aquí yo sola no son nada comparados con los sueños y los cuentos de hadas que Sophie y yo hemos construido en la cama: invernaderos, la conversión de la cochera, el cobertizo para secar la lavanda, en un espacio precioso... Cuando acabemos, pondremos grandes tiestos de lavanda delante, bajo un balcón. Así de simple, dice ella. Y nos reímos y conspiramos y solucionamos el problema insoluble del hueco de la escalera.

Podemos con todo, somos genios de la arquitectura, la fontanería, la carpintería, la electricidad, el diseño y la decoración. El dinero no importa; si no hay, no permitiremos que algo así nos detenga; el ingenio, nuestro trabajo y los manuales nos permitirán conseguirlo. Pero, sobre todo, el asombroso ingenio de la mente de Sophie. Qué afortunada soy de tener una compañera a la que le encanta este lugar. Lejos de seguir llevando todo el peso yo sola, ahora tengo una cómplice que también quiere convertirlo en un paraíso para compartirlo con nuestros amigos, con las aprendizas, con las artistas que vendrán algún día cuando estén construidas las cabañas para ellas. Todos los disparatados mapas de las cosechas, cuántos árboles habrá plantados dentro de nueve años, cuántos habremos recolectado en diez. Cómo con los beneficios de la primera cosecha construiremos la primera cabaña y así la granja podrá continuar indefinidamente. Incluso cuando yo muera, porque yo moriré primero; ella podría ser la administradora y darle continuidad, llevar la colonia como una granja que sostenga todo lo demás.

Pero ahora se mueve en su gran arrogancia británica, lanzando ultimátums. Tiene cosas más importantes de las que ocuparse. Debería hacer unos cuantos grabados e intentar exponerlos, y tiene que ponerse a ello ya. O tal vez le gustaría dibujar. O éste es el momento perfecto para sentarse a terminar su manuscrito inacabado..., ¿no me importa su libro, por Dios?

—¡Tu vida..., estoy harta de tu vida! —me grita—. Me he involucrado en tu maldita vida y estoy hasta la coronilla de ella. Tu exposición, tu maldita granja, tus malditas aprendizas, tus grifos que gotean y tus retretes que pierden agua. Estoy hasta las narices de tu vida. Quiero tener una vida propia.

La culpa es mía; ahora lo veo. Es cierto que el retrete pierde agua. Y el manual de fontanería Sunset hace que parezca muy fácil y sensato hacerlo todo una misma. Pero ella tiene razón, hay un millón de cosas que no funcionan en esta casa y que no puedo permitirme reparar o no he llegado aún a ellas, o las arreglo sólo para que vuelvan a averiarse. Debo de estar haciéndolo fatal, cargándola a ella con lo que creía que era una felicidad tan grande; semejante aventura, las dos aprendiendo a revelar fotografías, a construir un cuarto oscuro, a dibujar juntas y separadas en el estudio del tercer piso del Bowery, las preciosas e ingeniosas fotos de Sophie, sus esculturas en miniatura, su pulcra mesa de dibujo, los lápices ordenados con su meticuloso cuidado y método. Sophie dibujando en una mesa, yo en la otra. Sophie, que aprendió a utilizar el cuarto oscuro ella sola haciendo las fotos de Irán, y que me enseña ahora a revelar, mira cómo ha quedado, y me hace una demostración revelando una copia de mejor calidad.

Sophie y Susan Ryan, una de las aprendizas del año pasado y fotógrafa profesional.

—No querrás exponer ésa... —comenta Susan, mirando ese par de copias que se convierten en feroces coños.

—Sí —respondo, temblando por si el revelado le parece demasiado poco profesional.

—Santo cielo. —Se ríe—. Te has vuelto loca..., es maravillosa.

—¿Quieres beber algo? Es hora de cerrar.

La copa de la tarde en el tercer piso, y después un fuego en la estufa Franklin del loft acondicionado como vivienda del quinto piso, y una cena divertidísima frente al fuego, mucha conversación elevada sobre pintura y fo-

tografía, imágenes y palabras; el festín de la amistad y la gratitud. Suena el timbre y otra cara mira hacia arriba desde la acera del Bowery, otra compinche o la misma Dakota, nuestra mejor fotógrafa; le lanzamos la llave dentro de un calcetín, hay más vino en el botellero y podemos alargar un poco el pequeño pollo para cuatro, ¿por qué no? La diversión y el ajetreo, las amigas, y toda la conversación y el trabajo de esos momentos, el trabajo hecho. Incluso las noches en que subes cansada de estar tanto rato de pie en el suelo de cemento del cuarto oscuro, que es un simple lavabo. Un lavabo amplio con cajas de madera llenas de botes de plástico con sustancias químicas: revelas el negativo, lo sumerges en el baño de paro y esperas el tiempo de fijación; luego, mareada por el intenso olor de los productos en el espacio cerrado, vas corriendo al fregadero y le das el lavado final. Todo eso, el trabajo hecho estos meses, el aprendizaje. Y ésta es la vida que a ella la está abrumando, asfixiando. Yo no tenía ni idea. La noticia me cae como un mazazo. A ella también le encantaba, lo sé.

Pero ahora veo lo que quiere decir, mis proyectos, mis idas y venidas, las dos casas —el Bowery y la granja—, mis libros, tal vez incluso mis logros en absoluto abrumadores... He escrito mi primer libro y lo he publicado. Y han seguido muchos más; en el loft hay una estantería llena de libros míos, ediciones en distintos idiomas. Y es grande, mide más o menos dos metros y medio de altura por dos de ancho. No fue una gran idea guardarlos tan cerca de una ventana soleada, pues se destiñen enseguida, pero me sentía orgullosa. Ahora estoy más bien avergonzada. El loft y la granja de pronto se han vuelto onerosos, son una soga alrededor de su cuello. ¿Debería haber acudido a ella con las manos vacías?

¿Cómo puedo darle lo que tengo sin despojarme por completo de ello? ¿Cómo se comparte lo que se tiene sin regalarlo y acabar sin nada?

Hay algo en ella que me hace desconfiar. Empezó con las escrituras de la granja. Al principio rechazó tanto las tentaciones como las obligaciones que lleva consigo ser propietario. «Es mejor que yo no tenga nada. Estoy mejor así, así como estaba cuando nos conocimos.» Me quedé desconcertada. «Ya he tenido propiedades en mi fase capitalista», su habitual referencia irónica a la época en Londres en que reformaba y especulaba con bienes inmuebles y le birlaron una casa. «No era bueno para mí, no me sentaba bien.»

Luego, como si hubiera cambiado de opinión después de reflexionar al respecto pero no pudiera echarse atrás, se propuso ser propietaria de otro modo. Mandándome. Todas las mañanas, durante esas sesiones de café en el cobertizo delante de los ventanales, celebrábamos pequeños conciliábulos en los que solíamos tratar de las tareas del día que se concretaban en una lista. Ahora se han vuelto una pesadilla. Ella es la jefa y yo su jardinera recibiendo órdenes. Ella toma todas las decisiones, es responsable de cada tarea de la lista. Yo podría aceptarlo si no fuera por el tono; creo que Sophie es brillante, pero me habla con desdén, con aires de superioridad: llena de cólera, burla e intimidación. Las sesiones ahora discurren deprisa, componiendo la lista de tareas que ya no se discuten ni se sopesan, sólo se enuncian, y el resto del tiempo es para reprimendas. «Te habrás dado cuenta de que no puedes pintar ese revestimiento al sol.» «¿Cuándo decidirás qué hacer con el sembrado de la colina?» «Te

dije que no mandarás a Libby a ese pantano; ¿cómo vas a sacar ahora el tractor?» Todo es culpa mía. Me quedo allí sentada y, con las mejillas ardiendo, me doy cuenta de que soy totalmente inepta para llevar esta granja, que sólo ella es apta. ¿Por qué no lo hace, entonces?, ¿por qué no me dice lo que tengo que hacer, si tan incompetente soy? Si hay que deshacer todas mis torpezas —se me revuelve el estómago—, ¿por qué no impide que las haga?

Lo cierto es que no recuerdo haber mandado a nadie a ese pantano. Y Lauren y Libby lograron sacar el tractor sin ayuda de nadie. Así es como yo lo veo. Pero bajo sus reprimendas me ofusco: qué persuasiva es, y qué devastadora.

—¿Vas a llamar a Ed?

Gimo por dentro, pues no soporto tener que volver a molestar a mi vecino. Un tipo paciente que me vendió el tractor y que ha acudido un millar de veces en nuestro auxilio. Qué incómodo me resulta llamar de nuevo y esperar mientras ese hombre, que perdió su granja y ahora conduce un tractor —con la voz cansada tras diez horas al volante—, mira su botella de cerveza pensando en lo bobas que son esas chicas que conducen el tractor que él quiere y entiende, y del que sigue sintiéndose dueño en el sentido de que lo conoce mucho mejor de lo que nosotras llegaremos a conocerlo nunca. Pero disimula su cansancio y su impaciencia y me dice que vendrá en cuanto pueda. Pueden ser días o unos minutos. Quiero llorar de frustración, suplicarle que disfrute de un buen baño, que cene, que mire la televisión, que juegue con sus hijos, incluso que me explique por teléfono qué debo hacer y yo misma lo intentaré. «Para sacarlo del pantano tienes que meter la cuarta o la quinta; no intentes moverlo, sólo dale gas; un tractor no es un coche, las marchas más largas

tienen mucha potencia.» Pero, con todos los demás problemas, las cosas a menudo se ven confusas, oscuras, es una máquina tan complicada..., tengo delante el manual abierto por la página sobre el generador, las páginas sobre el cableado, la página con la ilustración del condensador, con el sistema de lubricación, páginas manchadas de grasa y con las puntas enroscadas, porque todos los días llevamos el libro al campo. En algún prado alto, Libby y Lauren cambiaron el cableado de todo el motor, estudiándolo como si fueran médicos, se pasaron el día entero allí, un acto heroico con el calor que hace. Pero no llegaron a arrancar los cables viejos, y los que pusieron nuevos eran todos del mismo color, de modo que ya no hay un código de color; la mayor parte del cableado no hacía falta cambiarlo siquiera. Y la máquina se quedó allí durante dos semanas.

—Están aquí para aprender —dice Sophie.

—Sólo tengo un tractor en condiciones para segar —respondo yo— y se está pasando la temporada, sólo disponemos de noventa días para trabajar en grupo y hay doce hectáreas de campo.

—Han crecido demasiado y estás forzando demasiado la maquinaria con este calor.

—No me queda otra.

—Entonces aprende a no tener rabietas cuando se estropee.

He invertido todo mi dinero en esta granja, es todo lo que tengo —lo he pagado incluso—, pero ahora apenas puedo permitirme costear la gasolina y el aceite de un tractor de veinte años. Me entran ganas de pegarle, de sacudir de una bofetada todo el esnobismo de su tono de superioridad moral. También me gustaría besarle la cara, tomarla en mis brazos y hacer desaparecer los últimos

veinte minutos de bilis hiriente; sanarnos. ¿Cómo, si no, vamos a sacar adelante la granja, la colonia, todo?

—Llevas este lugar como una inepta —me dice—. No tienes ni idea de lo que estás haciendo.

Aunque coincido con Sophie —estoy aprendiendo, igual que ella—, detecto en su voz el eco de una ejecución hipotecaria, el tono de alguien que vendería la propiedad. Yo quería compartir con ella la granja precisamente para que nunca se vendiera, para que la colonia continuara.

—Si la llevara yo, la administraría para obtener un beneficio, viviría de ella.

Cierro los ojos y me pregunto cómo se vive de algo con tantos impuestos y un seguro tan alto que no basta con alquilar la casa en invierno para pagarlos, cómo se vive vendiendo árboles de Navidad que por ahora sólo tienen veinte centímetros de altura y no se talarán hasta dentro de diez años.

—Si pidieras una hipoteca podrías comprar maquinaria; la que tienes es ridícula —me sermonea Sophie.

—Lo sé, pero sin ingresos no puedo pedir una hipoteca.

—Todo el mundo vive de créditos, es así como funcionan los negocios.

—No puedo. Llámame campesina irlandesa, pero no quiero correr el riesgo. No puedo perder este lugar.

Ella me lanza una mirada fulminante reservada a los campesinos irlandeses. Quiero gritar ante la injusticia de todo ello, la absurdidad de que ella entre en mi vida sin un centavo y la expropie, que yo le haya dado todo y ella sólo me llame tacaña. Por otro lado, también me intrigan su intrepidez, su proclamada maestría en los misterios de las finanzas, su crueldad, su impresionante orgullo ciego, obstinado y horrible. ¿Cómo puede una persona tratar

con tanta prepotencia a otra?, me pregunto maravillada. Ella no es la dueña y señora de la casa, ni siquiera es la vieja Scarlett en su faceta más odiosa; es más bien el *seigneur*, el tunante, el *gigolo* intimidador. Dios mío, ¿he entregado mi corazón a una estafadora?

—Y vuelve a tomarte el litio ese. Te estás portando de una forma muy rara. Vigila o acabarás perdiendo la olla.

—¿Estás insinuando que me estoy volviendo loca?

El brillo en sus ojos, desafiándome.

—Puedes decirlo así si quieres. Estás poniéndote en ridículo y echando a perder este lugar. No te dejes la lista.

Me la he olvidado. En el vertiginoso horror de lo que nos está ocurriendo, de lo que se está desintegrando, en el terror de lo que me está sucediendo, me tiemblan de nuevo las manos, pero no a causa del litio; la humillación aturdidora de esta media hora me está afectando tanto que no puedo enfrentarme a ellas en el desayuno, no puedo cruzar con mis piernas inestables la explanada de césped. Tonta y estúpida, ya lo creo. Te has dejado la lista.